

La importancia del método para el análisis político

*Víctor Alarcón Olguín**

Nota introductoria

Las fronteras actuales del análisis político se han expandido hacia múltiples escenarios que nos hablan de una condición de complejidad que pretende ser explicada desde ángulos interactuantes, interdependientes y en franca penetración e hibridación como sus tendencias más constantes.¹ La postura autónoma de la especialización ha venido cediendo su lugar entonces a la de complementación y la transformación del objeto de estudio a partir de una premisa interdisciplinaria (definida como central para la producción del conocimiento). Sin embargo, no se debe perder de vista la exigencia de seguir ubicando la naturaleza propia de los acontecimientos políticos, así como su consiguiente interpretación conceptual y práctica con fines ya sea coyunturales, retrospectivos o prospectivos en términos de su temporalidad; pero simultáneamente también debiendo tener en cuenta los contextos discursivos, los niveles de perspectiva (macro, medio o micro), así como las situaciones temporales y los espacios físicos en los que se desenvuelven tales objetos de estudio.

* Politólogo. Profesor-investigador titular "C" y jefe del Departamento de Sociología UAM-Izta-palapa.

¹ Sin embargo, Dogan y Pahre (1993) o Wallerstein (1996) abren una brecha significativa frente a esta línea que, con todo, también enfrenta la paradoja de que el trabajo intelectual deba tratar de ser una actividad no central y periférica que trataría de adaptarse frente a la complejidad y la presencia de redes no jerárquicas.

La esencia de los acontecimientos políticos puede ser situada como una relación social y, a la vez, también como un marco integral de conocimiento;² esto es, se manifiesta como la expresión concreta de ciertos hechos dados y que adquieren un significado específico para los individuos o grupos que deciden reconocerse unos a otros bajo condiciones de intercambio de ideas, bienes o mutua protección. Dicha relación social es continua y crea vínculos consensuales que deben extenderse y entretejerse de maneras capaces de asumir nuevos espacios comunes, y a la vez puedan formalizarse bajo la noción de instituciones y prácticas que mantengan la posibilidad de reproducirse conforme a las propias necesidades manifestadas por dichos individuos, para así garantizar la continuación de dicha relación social.

El siglo xx trajo consigo el mayor acercamiento metodológico posible entre las disciplinas exactas y los campos sociales del conocimiento. Si se retomaran las reflexiones generadas por el físico alemán Max Planck, uno de los pilares de la mecánica cuántica, quien se preocupó por distinguir la definición de los problemas que pueden calificarse como científicos, podría concordarse con él en que muchos de los temas que siguen ocupando la mente de las personas son *noproblemas*; esto es, constituyen problemas aparentes que nunca tendrán solución debido a que no se encuentran adecuadamente fundados o asociados con la realidad. O por el contrario, sus respuestas siempre serán insatisfactorias no debido a la falta de alternativas, sino porque se antepondrá el prurito ético-ideológico acerca de valorar los medios y las formas de cómo se han obtenido dichas respuestas. De esta manera, por analogía, podría decirse que los acontecimientos políticos muchas veces se mantienen circunscritos dentro de “situaciones no problemáticas”, cuya percepción podría ser resuelta por parte de los sujetos, en tanto se desprendieran de la subjetividad que muchas veces les mantienen alejados de estrictas premisas de concreción y materialidad externas como sus bases de solución.³

Mientras se mantenga dicha dicotomía de involucramiento voluntarista interno *versus* la condicionalidad realista externa como factores que puedan construir leyes capaces de pronosticar comportamientos acerca de los propios individuos, difícilmente se podrá hablar de una visión de la política que esté sujeta bajo los presupuestos de la ciencia, aunque sus estrategias y caminos sigan estando definidos como parte de su accionar cotidiano. Esto es, asumir que las formas de percibir y resolver los proble-

²El concepto “marco de conocimiento” fue utilizado por Gurvitch (1969). Sin embargo, se pueden hallar ideas sistémicas u holistas similares como el clásico principio weberiano de “configuración” (retomado por De la Garza, 2001) o el concepto de “constelación” (Mannheim, 1958).

³Max Planck: *cf.*: su conferencia de 1946 “Problemas aparentes de la ciencia”, en Planck (2000:53-72).

mas están y siempre estarán allí a nuestra disposición, pero por el momento no se puede aseverar que exista hoy el método o modelo único que explique las tendencias y probabilidades en la evolución de los acontecimientos políticos; o de que pueda hacerlo de la misma manera como las ciencias físicas han terminado por asumir que el azar, la incertidumbre y el caos también están presentes como puntos referenciales en la construcción explicativa de los fenómenos.⁴

En perspectiva, la idea de un equilibrio relativo que variará según las condiciones evolutivas del medio ambiente hará que los individuos participantes dentro de los sistemas políticos deban adaptarse y responder con nuevas explicaciones a la presencia de los factores que perturban a la aparente reproducción compleja y continua de la sociedad. De esta manera, la pretensión científica de una disciplina de la política asociada con la aplicación de técnicas y experimentos cruciales que pronostiquen sus movimientos de una manera estructurada es quizá el salto cualitativo más significativo operado en el siglo recién concluido. Bajo este aspecto, el temor central de la ciencia y la política ya no es poder encontrar las formas para evitar la destrucción, sino justamente las condiciones y los modelos que permitan apuntalar el orden racional y la estabilidad continua de los sistemas.⁵

El desarrollo del Estado-Nación moderno ha representado el ejemplo más evidente de las condiciones sistémicas y estructurales por las que los individuos originalmente libres y diferentes, que definen una identidad parcial y naturalista de primer orden, se han asociado de manera necesaria, para trasladarse de la contingencia del derecho del más fuerte, a la pretensión de la igualdad universalizante y controlada que implica la creación de valores homogéneos en torno a una identidad coherente y reflexiva (aunque artificial y convencional) de segundo orden, que facilita entonces una soberanía compartida (que puede sintetizarse en el valor de la identidad cultural y de los derechos en un mismo espacio, por ejemplo) entre todos los ciudadanos que han adquirido el compromiso de aceptar en forma responsable el ejercicio del poder dentro de la esfera pública y con la presencia de instituciones sociales complementarias a las del propio Estado, como lo son las diversas agrupaciones y prácticas cívicas (definiendo así una identidad de tercer orden), mismas que regresan a su punto de origen como lo son los ciudadanos ahora comprometidos y vinculados mediante esta libertad colectiva de tipo positivo.⁶

⁴ Ver Elster (1990), Viet (1979), o Waldo (1975).

⁵ Ver Sartori (1984) y Attali (1974).

⁶ Desde luego, la tradición sistémica y estructural de la política puede hacer mención de una enorme cantidad de exponentes, pero remito aquí a los clásicos y siempre accesibles textos de David Easton (1968) y Oran Young (1982).

En este aspecto, la idea de la política se trazó una línea continua hacia la llamada “domesticación del azar” en lo concerniente al objetivo de reducir la incertidumbre y el caos como amenazas a la propia supervivencia de lo social. Como bien ha sido ubicado en los análisis en torno a la búsqueda de la racionalidad y la decisión, el objetivo del orden sistémico debe entonces proponerse alentar el principio de que los individuos basen su existencia en las nociones de tendencia y probabilidad, y reducir así a la suerte o la percepción del instante.⁷ De lo contrario, la política no pasaría entonces de ser una expresión circunstancial de las emociones y los sentimientos morales; y no podría ser vislumbrada como un campo de lo administrado y lo técnicamente analizado, en donde si bien la incertidumbre no pueda ser eliminada como factor presencial, al menos el individuo y los sistemas puedan lidiar con ella en términos de costos y beneficios aceptables, cuyos efectos puedan ser asimilables e integrados dentro del propio sistema (por ejemplo, la posibilidad de tolerar prácticas en actores que no alteren el curso general de los acontecimientos y que acepten incluso ser dinamizadores y reforzadores de las tendencias dominantes del sistema).⁸

Sin embargo, las maneras de cómo acercarnos a la eficacia de las acciones que garanticen la permanencia de los vínculos relacionados con el gobierno de los asuntos públicos, en buena medida siguen marcando la pauta obligada en torno a cómo conceptualizar, explicar y comprobar la validez de las decisiones que se deben emprender para así lograr los propósitos básicos que se trazan los propios individuos, a efecto de obtener la certeza que permita la continuidad de la vida y la cultura que anima a toda sociedad; incluso aceptando la presencia inevitable de ciertas dosis de riesgo, crisis y cambio como eventuales elementos dinamizadores.⁹

El estudio de la política presenta entonces cuatro dimensiones analíticas que se sobreponen y que tienden a confundirse: su *dimensión filosófica* (en donde la construcción del conocimiento es conceptual e ideográfica), su *dimensión histórico-contextual*, que nos habla de ubicar las secuencias y espacios de los acontecimientos y de los actores en el tiempo; su *dimensión teórica* (a partir de la cual se pretende la elaboración de explicaciones y modelos sistemáticos sobre el origen y naturaleza de los hechos que deben ser puestas a prueba) y su *dimensión científico-metodológica* (en donde se aplican y se evalúan las técnicas precisas, ya sean de carácter cuantitativo y/o cualitativo que permiten cumplir con el objetivo de las acciones propuestas). En la opinión de diversos autores, la posibilidad de una auténtica ciencia

⁷ Cfr. Searle (1997), Pizarro (1998), o Johnson (1991).

⁸ Destacados exponentes en este punto son Deutsch (1976) y Dahl (1976).

⁹ Por ejemplo, Douglas (1996) o Moon (1975).

política descansa en que esta última dimensión finalmente pueda tomar preeminencia sobre el aspecto teórico, así como diferenciarse —lo que no implica necesariamente su eliminación— de manera clara de los factores filosóficos e históricos.¹⁰

Partiendo de esta última distinción, cabe indicar que el alcance de este ensayo se remite entonces a la revaloración del lugar ocupado por el método científico, a partir de los debates y paradigmas epistemológicos que se han visto asociados con el objetivo de poder hablar de una ciencia de la política, y en consecuencia, demostrar que los procesos del poder y del gobierno pueden ser enseñados bajo ciertas premisas basadas en la formulación y experimentación, las que a su vez inducen a seleccionar y aplicar técnicas concretas (pero que a la vez deben ser flexibles) dirigidas a ensanchar las capacidades analíticas del sujeto que debe percibir, interpretar, transformar y adaptarse a una realidad social que le influye y le obliga a actuar de maneras diversas, pero siempre asumiendo la necesidad de que se persigue el bienestar y la perseverancia de los valores con los cuales uno se siente asociado tanto por historia como por vocación racional.

Los (des)propósitos de la metodología. Explicar y comprender

En un texto clásico, Jörg Kammler plantea que por su necesidad de explicación y construcción social, la ciencia política debe definir sobre una base histórico-situacional su objeto y sus mecanismos de acceso a la construcción conceptual del poder. Dicho autor se manifiesta entonces escéptico respecto a la tendencia de minuciosidad con la cual se limita al analista, por cuanto no se le permite separarse de las especificaciones planteadas por el propio objeto y método de estudio. La lealtad filosófico-ideológica a la que se encuentra atado el analista contribuye sobremedida para definir dicha situación.

Sin embargo, se puede localizar a la metodología con dos claras finalidades: con el afán de criticar y deconstruir al poder, esto es, modificar su uso; o en una línea opuesta, con el propósito de legitimar y explicar la conservación del mismo, optimizarlo y acrecentarlo. De esta manera, si se define al poder como la capacidad básica de la acción política, entonces se le puede ubicar mediante tres claras manifestaciones de su desarrollo: los *procesos* (acciones tanto en sus causas, efectos y explicaciones), los *mecanismos* (instituciones o medios que se utilizan para llevarlos a cabo)

¹⁰ Ver el trabajo de Bartolini, en Pasquino (ed.) (1991:39-78), Vallés (2000) o Anduiza *et al.* (1999).

y los *actores* (individuos o grupos desde donde surgen o en quienes se aplican las acciones). En este caso, Kammler aboga por colocar al estudio de la política en un campo intermedio entre el filósofo y el sociólogo, es decir, entre la abstracción y el pragmatismo extremos.¹¹

De esta manera, se puede conceder que el politólogo adquiere un compromiso histórico por transformar e interpretar la realidad, no sólo por un interés ético o moral, sino por la exigencia de ofrecer opciones concretas para garantizar el progreso y la evolución colectivas. Visto desde este ángulo, la ciencia política responde y se vería condicionada por un determinismo histórico que hace ineludible su dependencia con la propia realidad de los sujetos sociales, si es que se presupone la presencia de una ciencia con responsabilidad y uso social.¹²

Desde luego, para otros lectores del problema dicha postura pondría en duda la autonomía de la propia realidad, misma que se desenvuelve al margen de los propios individuos. Esto es, ¿cómo explicar los factores no previstos por la propia capacidad de percepción y conceptualización racional de los sujetos? ¿Qué pasa cuando un individuo no se comporta como se espera? Aquí se presenta entonces la limitación de los métodos, cuya racionalidad extensiva (esto es, que le presupone poder anticipar tendencias de comportamiento) deben entonces dirigirse hacia un terreno distinto en la configuración de los conceptos, dado que deben partir entonces del principio de colocar al sujeto como definido y circundado por el medio. Esto es, dentro del campo de lo político, se trataría de que los individuos y los grupos deben ser analizados desde la neutralidad del *outsider*, con la intención de asumir un conocimiento objetivo e imparcial.¹³

Bajo esta lógica, la recopilación y el agrupamiento ordenado de evidencias y datos que permiten deducir conclusiones sobre una base concreta toman preeminencia y distancia respecto de las propuestas intuitivas, mismas que se sustentan más a partir de las llamadas peticiones de principio, en donde la realidad se amolda al punto de vista y el método empleados de manera apriorística por el analista. Pese a su aparente distinción, tanto los métodos deductivistas (que van de lo general a lo particular) como los inductivistas (que van de lo particular a lo general) ponen todo su peso sobre el formalismo protocolario que se condensa en la crítica hacia la incapacidad de los sujetos sociales acerca de trazar condiciones adecuadas para el ejercicio del poder,

¹¹ Kammler, en Abendroth y Lenk (1971:13-28). También puede verse a Bourdieu (2000).

¹² Por ejemplo, la retención del papel de la historia como elemento configurativo del método de la política es crucial en la opinión de Arnaldo Córdova (1988).

¹³ Ver por ejemplo el trabajo de Jackson en Goodin y Klingemann (eds.) (1996).

ya sea en términos de lenguaje, recursos materiales o por la ausencia plena de instituciones que les permitan ejercer alguna capacidad decisoria o de influencia. Por ende, la función del método debe ser capaz de orientar al estudioso y al hombre de poder en el empleo adecuado de la lectura de los eventos sociales, además de situar las potencialidades de acción de los actores políticos.¹⁴

La metodología de la ciencia política pretende desenvolverse consecuentemente bajo un estatuto de autonomía; esto es, no hallarse desvinculada de las demás formas de interpretación social e histórica, pero poseyendo condiciones específicas que le permitan trazar un papel de mediación y conexión entre los procesos pensados y los actuados desde otras dimensiones analíticas. Igualmente, la política como ciencia se está moviendo por un terreno que la traslada de lo aparentemente estático para colocarse en otro de naturaleza abierta y sujeta a la propia praxis del actor. En este orden, puede afirmarse que la muerte de la postura unidireccional o hegemónica que veía al recurso del método como un mero instrumento de acumulación de conocimientos resulta un hecho cada vez más evidenciado entre los propios practicantes de la disciplina, cuya aspiración actual reside en poder amalgamar, combinar y relativizar a las estrategias (no pensar en uno, sino en varios métodos) y colocarlas conforme al propio peso de las necesidades, para así hablar de un catálogo abierto de variantes en la aplicación del conocimiento, aunque sin perder el espíritu primario de arribar a conclusiones y principios de alcance general.¹⁵

Sin embargo, se corre el peligro de que dicha relativización termine por configurar una ciencia cuyo objeto sea sólo “residual” y no integral, esto es, que conforme a los conocimientos que marcamos como ciertos y verdaderos también queden campos de la reflexión que no puedan tener explicación o respuesta inmediata, en tanto su presencia y acción siempre deberá ser analizada desde otras líneas o campos de la propia realidad, lo que nos llevaría al otro extremo del desinterés y la desarticulación por áreas sustanciales de trabajo bajo el argumento de que no son “redituables”. De esta manera, si regresamos a nuestro ejemplo del Estado-Nación, una lectura integral del mismo nos obligaría a valorar los modelos de ejercicio de poder bajo la dependencia de los dispositivos institucionales (régimen de gobierno y administración estatal), de los modelos económicos (según se organicen alrededor de los principios de producción y consumo dentro del mercado); o de las premisas justificatorias de la dominación (en términos de ideologías y filosofías políticas, o bien bajo argumentos

¹⁴ Prélot (1981) y Meynaud (1971) ofrecen ideas sugestivas en dicho terreno.

¹⁵ Ver Stoker, en Marsh y Stoker (1997:13-32).

de índole histórico-cultural). Esto es, tendríamos un enfoque integral, pero a la vez circunscrito en el tiempo y el espacio.

Las confusiones actuales en la reflexión metodológica

Hayward Alker ha tratado de indicar dos rasgos característicos para distinguir el desarrollo reciente de la metodología política, misma que todavía vislumbra como atrapada en una época oscurantista. Una de ellas debe ser identificada con la tendencia a construir un orden autorreferencial y críptico del poder sólo a partir de los lenguajes formales. Esto es, el estudiante debe pensar que las técnicas de investigación deben ser complejas, que los instrumentos de medición asuman intrincados procesos y que los conceptos asuman un nivel mínimo de ininteligibilidad para entonces suponer que sólo así el trabajo presentará características originales.¹⁶

En este aspecto, se puede cumplir con el objetivo de que el trabajo se publique, pero nunca se leerá, ni mucho menos que de allí se puedan sacar experiencias útiles para la resolución concreta de problemas. De esta manera, ahora tenemos a los exponentes de una disciplina “metapolítica” cada vez más alejada de los principios nodales que la propia ciencia pretende resolver, en tanto están atrapados en la cárcel de los sentidos del lenguaje (la hermeneútica como sustituta de la preocupación práctica de las ideas centrales de acción propuestas por la filosofía política clásica, por ejemplo), y que nunca les permite tomar decisiones o actuar. Esto es, terminan concentrándose exclusivamente en lo que fundamenta a los procedimientos y conceptos de la investigación, dejando así en un plano secundario preguntarse si lo que se analiza (junto con las técnicas empleadas) puede tener o no alguna respuesta o aplicación en concreto.¹⁷

En este último aspecto, Alker también nos previene de caer en el otro extremo de dichas tendencias, mismo que nos incita a lanzarnos en manos de un *hiperfactualismo polimétrico* (cuyo principio básico sería que todo lo que no pueda ser medido no es relevante, y por tanto no constituye un problema de investigación). Esto ha conllevado a que la vieja sociología política tampoco haya podido encontrar bases afortunadas para su renovación, dado que ahí también se ha caído en la trampa de sólo desmenuzar enunciados o describir eventos, o en la práctica de apilar datos o series

¹⁶ Ver el trabajo de Alker en Goodin y Klingemann (eds.) (1996:787-799).

¹⁷ Un excelente y devastador ejemplo crítico contra el intelectualismo esnobista y acríptico de la metapolítica en sus diversas corrientes en Andrevski (1973).

de tiempo en estadísticas que pretenden justificar tomas de decisiones y orientaciones centrales en las políticas públicas. Por ello, Alker se inclina por avalar al viejo llamado de Max Weber en lo concerniente a que el analista político debe tener claro por qué (y qué) quiere comprender de la realidad (interpretación), para de ahí poder pasar a intentar describir y resolver los problemas que le interesan con base en los instrumentos y técnicas que considere viables para realizar dicho proceso (explicación).¹⁸

De esta forma, cabe vislumbrar que el problema de explicar y comprender la naturaleza de la ciencia política no debe estar restringida en defender o no las diferencias entre lo cualitativo *versus* lo cuantitativo, sino que el compromiso de enseñanza de la metodología del análisis político se debe concentrar sobre la base de cómo desarrollar en el estudiante la perspectiva de valorar y combinar adecuadamente los diversos instrumentos que se tienen a la mano (y de cómo habría que mantener dicha postura en el propio investigador experto), para no temer utilizarlos la mayor parte de las veces fuera de los contextos para los que originalmente fueron diseñados. Esto resulta central si se pretende que la ciencia política se caracterice cada vez más por sus innovaciones y especificidad, y no por las simples traslaciones ortodoxas de instrumentos prestados de otras áreas disciplinarias como la economía, la lingüística o la psicología, mismas que, pese a todo, han abierto nuevos campos que se han agregado a las expectativas de estudio tradicional que siguen estando vigentes dentro de la disciplina.¹⁹

Finalmente, se podría coincidir con Alker en la necesidad de una postura integracionista de interacciones flexibles que permita intercalar, en una suerte de “consenso yuxtapuesto”, a las tres principales tendencias que se vislumbran como dominantes en el terreno metodológico: constructivismo, empirismo y criticismo, las cuales permiten ligar, consecuentemente, los factores de la teoría, el dato y el valor, como puntas equidistantes de un triángulo que permite visualizar los territorios y fronteras a ser abarcadas por la acción del método en el estudio de las instituciones, los actores y los procesos.

¹⁸ En este punto, bien conviene rescatar el viejo trabajo de Gellner (1962), o más recientemente un trabajo como el de Jerez Mir (1999).

¹⁹ Aquí conviene revisar el simple útil ensayo de Held y Leftwitch, en Leftwitch (ed.) (1987:254-290).

El diálogo interrumpido entre los conceptos y la realidad

Este último punto nos permite traer a colación el tema de la naturaleza contradictoria que se da entre los conceptos y los métodos, en tanto comparten la dualidad generalidad-restricción. Esto es, recuperando aquí a Felix Oppenheim, si bien los conceptos permiten encerrar en una referencia a fenómenos de alcance amplio, paradójicamente ello limita a su vez la distinción de posibles variantes o excepciones a dicho ejercicio de comprensión general. Siguiendo esta lógica, el actor es también objeto, y la consolidación de un entendimiento de la realidad no sólo debe presuponer la existencia de un contexto en donde ésta se materializa, sino que el propio actor se reconozca y se desenvuelva con márgenes de autonomía y distinción amplios (pero a la vez limitados) respecto de quienes se han constituido como sus interlocutores, justamente a partir de la construcción de tipologías y conceptos que puedan englobar a los mayores rasgos posibles de dicha realidad.²⁰

Esto es, el analista debe poseer una libertad para pensar y ubicar temporalmente lo que quiere conocer de los procesos y los propios actores sociales. Pero también dicha libertad de entendimiento está vinculada con las propias capacidades que los sujetos posean para interpretar dicha realidad. Joao Almino recurre al ejemplo de considerar la apropiación o el distanciamiento de los objetos como núcleo central de los fenómenos políticos. La afinidad o repulsión que se sienta acerca de *lo Otro* nos obliga entonces a desarrollar los instrumentos necesarios para garantizar nuestra autonomía (esquivando así la amenaza) estrechar nuestros vínculos en términos de identidad (valorando lo ajeno como un modelo por seguir). Esta problemática deriva entonces hacia poder precisar *el Uno, el Ellos y el Nosotros*, como niveles que trazan las bases de la interacción política dentro de un contexto temporal dado.²¹

Dicho autor traza también otra característica de la reflexión científico-filosófica: *el Ser* es una noción limitada, misma que contrasta con la inmensidad de cosas o valores que no somos. En consecuencia, cabe admitir que la potencialidad de apropiación que se produce por medio de la ciencia resulta muy limitada. Adicionalmente, la capacidad de conciencia y satisfacción de los individuos respecto a sus sociedades tiene aquí un horizonte claro de constante cuestionamiento, misma que necesita ser atemperada con nuevos desarrollos que acorten las distancias respecto a aquél o a *eso Otro* que todavía no somos. Ciertamente, nuestra era actual se manifiesta como un espacio descentrado, con rutas y sujetos atrapados en motivaciones y tiempos

²⁰ Oppenheim (1987).

²¹ Almino (1986).

múltiples. La naturaleza de los problemas políticos se manifiesta en efecto como generales y restrictivos al mismo tiempo. Por ejemplo, cada vez hay mayor convergencia en los problemas de exclusión, pero paradójicamente se disponen de cada vez menos estrategias generales que puedan servir para combatirlos en conjunto. Aquí se sustenta un desafío fuerte a la propia misión de generar procedimientos críticos y a la vez eficaces que puedan revertir dichas tendencias.²²

La ciencia política presenta entonces trazos pendulares y fronteras cada vez más fuertes dentro de su desarrollo metodológico reciente, tal como lo ha planteado Gabriel Almond. Las llamadas “mesas separadas”, mismas que distinguen a los segmentos articuladores de la disciplina, también nos proporcionan elementos muy precisos de cómo se echa mano o no de cierto instrumental analítico, como lo revisa en su texto escrito en colaboración con Stephen Genco, al caracterizar los problemas del método como oscilantes dentro de las ambigüedades de un conocimiento incierto e ideologizado (al definirlo con la metáfora de las nubes), mismo que contrasta con el esfuerzo de la precisión y regularidad experimental (trazado con la imagen del reloj).²³

En esta parte, Almond y Genco polemizan sobre la naturaleza ontológica de la ciencia política, partiendo de la pregunta de qué caracteriza a su esencia, y cuya base de incertidumbre y relativismo parece haberse impuesto en una inversión de 180 grados frente a las anteriores preocupaciones homogeneizantes y primordialistas de índole psicologista, economicista e ideológica. Almond y Genco coinciden con los desarrollos de Karl R. Popper (sobre todo en su fundamental texto *La lógica de la investigación científica*)²⁴ de que la ciencia en general ha llegado al punto de combinar las nociones del “control flexible” y el “control rígido” como marcos de referencia convencionales para poder contextualizar la acción y regularidad del raciocinio humano, mismo que interviene bajo la presencia de la deliberación, el juicio, la intención, los valores, etc., elementos todos que parten y dependen del accionar de los sujetos, pero los cuales contrastan con la rigurosidad de los instrumentos técnicos que se tratan de utilizar para definir la certeza del fenómeno por ser explorado.

Igualmente, Almond y Genco nos ofrecen una postura definitoria de la política que, pienso, es de enorme interés al canalizar su objeto dentro del espacio de las decisiones y la administración. *El hombre hace política para decidir cómo organizar su entorno de vida*. Ello implica que todo actor debe estar en capacidad para

²² Zipper y Morales Contreras (1995).

²³ Almond y Genco, en Almond (1990:32-65).

²⁴ Popper (1962).

entender y participar en la elaboración de las demandas y en las acciones concretas que permitan resolver sus necesidades. Pero aquí radica la novedad del planteamiento: también debe contemplarse la decisión deliberada de no participar y/o de resistirse. Y ello también nos debe obligar a estudiar las ideas y los medios que permiten sustentar y reproducir dichos comportamientos tanto en sus causas como en sus efectos. Aquí es donde se da nacimiento a la llamada “ciencia de políticas” (*policy science*), que permite establecer con precisión la noción de *lo público* (la idea de una arena básica) y de los diversos *públicos* (los actores que intervienen dentro de ese espacio común) que interactúan en la construcción, consenso y aplicación de las decisiones en torno al gobierno y el poder político.

Consecuentemente, la visión de Almond y Genco se remite a fincar los parámetros de la metodología aplicable al campo politológico dentro de los aspectos de oportunidad y restricción, las cuales combinan tanto las habilidades técnicas del analista, así como los deberes y habilidades generales de los ciudadanos que participan en la formación de las acciones que se comparten en ese espacio común de lo público. También debe contemplarse el peso de las limitaciones en materia de los recursos que rodean al sistema político y a los propios actores, en un afán por asumir cómo se pueden formar modelos explicativos que a su vez puedan estar sustentados en principios, axiomas o factores cuyas bases no sólo tengan solidez argumentativa, sino también coherencia funcional dentro de su proceso evolutivo. Sin embargo, debe considerarse que quizás no se pueda llegar a los niveles de fuerza y eficacia que anteriormente ofrecían los argumentos tradicionales de la causalidad, mismos que se contentan con revisar los procesos mecánicos y reiterativos que permiten ubicar descriptivamente la lógica causa-efecto.²⁵

Retomando a Almond y Genco, ellos también proponen revisar la condicionalidad enunciativa de los principios y leyes formalmente aprobados dentro de la disciplina, para resaltar que los problemas de credibilidad en la ciencia política pretenden ser ahora de tipo fenomenológico y descriptivo, por lo que el llamado “control rígido” propuesto como regla para el desarrollo de la metodología no es plausible de imponerse como factor dominante dentro de la disciplina, a pesar de que la dinámica de corte deductivo-nomológico y la ponderación de los factores de racionalidad se hayan irradiado como los criterios de selectividad más socorridos para valorar la consistencia y el tipo de técnicas y datos por ser empleados dentro del análisis político.

²⁵ En Emmerich (1997) puede hallarse una excelente discusión sobre el papel de la causalidad en la explicación de las acciones políticas.

Como respuesta a esta tendencia, los estudios prospectivos y la teoría de juegos han venido a convertirse en los puntos de referencia conceptual “fuerte” dentro de los esfuerzos por transformar la incertidumbre en factor constitutivo del orden racional. Gracias a estas dos tendencias de trabajo, la posibilidad normativa a favor de una posible cientificidad incorporada en el estudio de lo político se ha hecho asequible para muchos quienes ahora conciben una mayor imposición de patrones regulares de conducta, dejando cada vez más de lado al modelo inductivo-contingente, que usualmente se somete al factor subjetivo de la interpretación particularizante y que sólo puede articularse a partir de la especificidad y la limitación temporal. Visto de otra manera, la idea de una “racionalidad fuerte y extensiva” que permita proponer en términos científicos un potencial de trascendencia y proyección a la ciencia, se encuentra en un nivel de actividad como ningún otro paradigma de análisis lo había podido proporcionar recientemente.²⁶

Sin embargo, esta discusión también mantiene vivo el problema de la relación entre el actor y la agencia. Esto es, ¿el analista se vuelve o no instrumento del método? ¿Debe pensarse como un mero reproductor de técnicas o debe instruírsele en términos de tener la autonomía intelectual necesaria para reinventarse constantemente e incluso dejar de lado a los propios métodos que se le hayan enseñado? Indudablemente, muchos autores valoran que mientras exista más homogeneidad en el desarrollo de la enseñanza, más fácilmente se podrán articular investigaciones que conlleven a consensos empíricos con mayor valor científico.²⁷

Las objeciones que se han hecho al respecto asumen que mantener una pretensión teleológica como tal estaría atentando contra la pluralidad que paradójicamente ha permitido definir los límites morales a las decisiones holistas o totalizantes de la realidad y de la propia ciencia. Dichos acuerdos no sólo no deberían pensarse como apriorísticos, sino que también necesitan ser discutidos *ex post*, e incluso poder cuestionar su vigencia y viabilidad futura. Pero ello se vislumbra justamente no para detener la aplicación del método, sino para poder afinar y arribar siempre a la postura más plausible en su aplicación.²⁸

Sin embargo, uno sentiría que dentro del análisis de lo político estamos aún en las condiciones donde la medicina se encontraba hace cinco siglos atrás, con el empecinamiento de que para toda enfermedad se tenía que aplicar el principio general de

²⁶ Pensemos aquí en autores como Jon Elster y los exponentes de la escuela del marxismo analítico.

²⁷ Por ejemplo, este es el tipo de convencimiento expuesto por Manheim y Rich (1999).

²⁸ Esta es una observación que se puede valorar en Miranda (1945) o más recientemente en Roiz (1982).

ciertos remedios (como el uso de sanguijuelas) sin tomar en cuenta ni la patología ni las características particulares del enfermo. Hoy se ha llegado al extremo contrario, en el cual resulta imposible para un médico poder atacar un mal sin contar con los estudios de laboratorio respectivos, dado que ni siquiera es capaz de poder observar rasgos generales de una enfermedad que se manifiesten más allá de su campo de especialización o de la simple observación visual. Y peor aún, el paciente debe aliviarse forzosamente con los medicamentos de ciertos laboratorios con los que el médico tiene vínculo, no pudiendo comprometerse ni entrometerse cuando otros protocolos de tratamiento han sido previamente empleados. Esta situación por analogía parece poder ubicarse dentro de las corrientes metodológicas actuales de la ciencia política, mismas que en efecto persisten con el comportamiento de ser “mesas separadas” y con escaso contacto entre sí.

Por ello resulta central colocarnos en una posición en la cual podamos tomar ventaja de todo el conocimiento acumulado, a efecto de poder comparar, discutir y seleccionar aquellas técnicas, así como valorar su consiguiente evolución, para ver que los problemas políticos presentan características que nos obligan a tomar en cuenta no sólo la peculiaridad del problema, sino también los posibles antecedentes y experiencias previas que dan pauta a su repetición como una anomalía política.

En este punto concreto, uno no podría dar por descartada la vieja pretensión positivista de retomar a la sociedad y a los propios individuos como organismos vivos que deben ser cuidados en su salud, aunque desde luego dicha imagen se encuentra a años luz de quedarse reducida a un mero ejercicio de patología (análisis de las causas de la enfermedad) o sintomatología (rasgos o datos primarios de la enfermedad) que trate sólo de mejorar la taxonomía (clasificación) de los males de dichas sociedades.

Resulta crucial entonces que deba ponerse énfasis sobre el sentido de misión y los elementos tanto históricos como comparativos que el analista debe poseer para hacer buen uso de todas las posibilidades del instrumental técnico que pueda tener a la mano, además de cómo debe y en qué casos puede utilizarlo.²⁹ El empecinamiento de sólo utilizar lo único que se le ha enseñado para todo caso termina siendo una de las más claras manifestaciones del dogmatismo y la ortodoxia oscurantista que incluso ya amenaza a los defensores de las respectivas corrientes de estudio politológico, haciendo que la disputa por los métodos se confunda con un estéril intercambio de increpaciones personalistas que se localizan más asociadas con las clásicas purgas ideológicas de los regímenes totalitarios de izquierda y derecha más que a un debate

²⁹ Una poderosa defensa del método comparativo remite desde luego a Sartori (1984).

académico. O dicho de otro modo, se termina alentando un “espíritu antisocrático” en el cual se concluye que toda “idea perversa” en contra o distinta de la aprobada por la mayoría debe ser eliminada sin mayor contemplación, dando paso a la tiranía del dogma o la del número.

Justo en esta dirección, uno podría coincidir con Almond y Genco en que la ciencia política se ha venido convirtiendo cada vez menos política y, curiosamente, ahora se ve amenazada en el desarrollo de su cientificidad, al volverse estadísticamente cada vez más compleja y discursivamente más hermética, pero cada vez menos comprometida con la observación, el trabajo de campo y la aplicación práctica. Y paradójicamente, en el otro extremo, encontramos que cada vez se está menos interesado en mantener los elementos históricos, jurídicos, administrativos y hasta de comparación geográfica de la propia ciencia política. Estas posiciones parecen ahora ser motivo de reflexión profunda en muchos centros académicos, no sólo en términos de presuponer un problema de actualización, equilibrio y contextualización de las metodologías imperantes en términos de rigor y control científico, sino que dicha situación simple y sencillamente nos ha regresado incluso a la pregunta esencial acerca de la permanencia o no de la política como campo de conocimiento, y si ésta debe en efecto ser liberada del compromiso de que su cientificidad y su consistencia racionales puedan ser estrictamente análogas a las que se presentan dentro de las ciencias físico-experimentales, tal y como lo afirman Almond y Genco.

Detrás de esta idea cabe señalar entonces que el objeto y métodos asequibles para el estudio de los eventos políticos tendrían que tomar un camino harto distinto del emprendido hasta hoy, por cuanto debe dilucidarse si dicho distanciamiento es sólo aplicable en materia de parámetros y autoexigencias en los niveles de evaluación y significación para considerar que el conocimiento adquirido es relevante o no. O por el contrario, si la ruta por seguir es la que favorezca una ruptura total que nos conduzca al abandono de la pretensión generalizante de la propia cientificidad y nos adentremos, como ha sido el temor expresado por Mario Bunge, al triunfo del relativismo total y del individualismo que terminan por imponer su tendencia a la reducción del propio conocimiento, en tanto lo desconecta y descontextualiza del resto de los eventos sociales. En este sentido, parece dibujarse un escenario en donde se pretende una simplificación de la ciencia que produzca amplios resultados con una mínima inversión teórica en la resolución de los conflictos.³⁰

³⁰ Bunge (1999).

¿Se puede enseñar metódicamente? (Algunas reflexiones personales a manera de conclusión)

En los años recientes, la enseñanza de la ciencia política ha sido atrapada por una falta de originalidad y saturación informativa que difícilmente hace que nos preocupemos acerca de lo que se enseña y cuáles son los efectos supuestamente esperados en el tiempo inmediato. Ello hace fácil entender la inmediata tendencia de atribuir los males internos al entorno y la falta de estímulos para el trabajo. El docente no puede enseñar porque no investiga adecuadamente, y en adición a ello, las escasas técnicas aprendidas por éste distan, con mucho, de seguir siendo atractivas para ser repetidas con éxito en contextos de trabajo que evolucionan de manera acelerada, y con estudiantes cuyas experiencias son distantes en motivación y exigencias de respuesta.

Una de las lecciones más relevantes en los años que llevo como investigador y docente es captar la presión casi cotidiana por la cultura del dato y el saber efímero. Además de ello, es alarmante la falta de ejemplos (salvo los trabajos que se realizan para la obtención de grados académicos) que permitan mostrar al estudiante las diversas etapas que conlleva el proceso completo de una investigación que haya producido algún desarrollo metodológico con impactos relevantes en la definición de políticas.

Esto es, el dilema de la metodología actual reside no sólo en los aspectos usuales de cómo seleccionar un tema (en los términos de que sea original o poco tratado en la literatura especializada); o en definir cómo se confrontarán las teorías y las explicaciones que darán pauta a la construcción de los conceptos, las variables e hipótesis, y sin desestimar la exigencia que presupone precisar las técnicas o enfoques (comparación, revisión histórica, análisis discursivo, elaboración de encuestas, entrevistas, cálculos estadísticos, etc.). El problema ahora es que con frecuencia se plantea si tiene incluso sentido o no enseñar los fundamentos filosóficos e históricos de una investigación, o si sólo debe presentarse un catálogo muy preciso de instrumentos técnicos como parte de una formación curricular para el estudiante.

Queda claro que el docente debe ser un investigador experto e informado, pero no sólo en lo relativo a una mera presentación de los últimos avances o libros publicados, sino que pueda entresacar de su propia experiencia acumulada dentro de la disciplina aquellas estrategias metodológicas que proporcionen al estudiante explicaciones que le permitan entender el cómo y el porqué de las técnicas e instrumentos adoptados, cuáles fueron los errores cometidos y en qué medida pudieran ser superados. Una de las modestas propuestas que procuro incorporar en este escrito sería la siguiente: debe ponerse un mayor énfasis en la explicación de los errores, en tanto que uno debe asumir que existen capacidades y velocidades distintas en el interés de los

sujetos para el aprendizaje del conocimiento que, a final de cuentas, se juzgue como relevante.

Las ciencias sociales no producen explicaciones generales automáticas porque justamente la realidad se presenta y se percibe de manera particular, múltiple y compleja. Desde luego, no se piensa aquí en la idea de que sólo enseñando errores se pueda llegar más rápido a distinguir lo que sea o no verdadero. En cambio, lo que sí puede producirse es que la adquisición de destrezas y el entendimiento de la lógica de los propios procesos y cómo estudiarlos pueda ser más comprensible y menos intimidante al momento de su realización.

Para terminar este escrito, pienso aquí en una serie de factores que convendría considerar en todo curso de metodología de la política y que podrían fortalecer la naturaleza y las bases epistemológicas del análisis en términos de resultados prácticos:

1. Si bien toda investigación es personal, siempre debe dejarse claro lo que se quiere investigar para que los demás nos sigan. Para lograrlo, la aplicación de algún tipo de método resulta sustantiva. Nadie por anticipado puede comprender nuestras ideas, si éstas no están contextualizadas en un plan de trabajo y expresadas en lenguaje sencillo.
2. Los conceptos y las técnicas de investigación tienen puntos de partida y antecedentes que deben ser tomados en cuenta antes de aplicarlos libremente. Esto es, uno no puede tomar o mezclar indiscriminadamente teorías o experiencias sin conocer su pasado o sus alcances explicativos. Por ello, siempre deben consultarse diccionarios o monografías especializadas en la materia que se está investigando para poder resolver dudas de contenido o procedimientos.
3. De todos modos, no hay que temer preguntar a los colegas en caso de duda, con el objeto de conocer experiencias previas o paralelas en el terreno en que se pretende llevar a cabo la investigación. Se puede ahorrar tiempo y recursos valiosos. También vale asumir que en las ciencias sociales hay muy pocas leyes absolutas o definitivas, aunque siempre tenemos la expectativa de que nuestros descubrimientos puedan ser duraderos y significativos.
4. Conviene plantearse temas que puedan ser estudiados en tiempos y tramos factibles. La formación del estudiante debe estar inicialmente enfocada a la adquisición y el dominio de las habilidades básicas que le permitan resolver y entender la naturaleza de los problemas políticos. Las investigaciones originales son producto de un trabajo arduo y prolongado. Realizar tesis y obtener dictámenes en tiempos milagrosos sólo significan una cosa: autoengaño académico. Un trabajo final sencillo en sus objetivos, así como bien pensado y escrito,

es la mejor carta de presentación, además de reflejar la seriedad y consistencia que se tiene como analista.

5. Dominar el tema antes de que el tema lo domine a uno. Al plantearse metas asequibles, la investigación y el análisis políticos deben permitir la adecuación entre medios, fines y capacidades personales. Los temas no siempre avanzan ni se presentan como aparecen en los textos. Se avanza conforme hay la disposición y acceso a la información, o bien en la medida que uno construya los datos. Y también, cabe reconocerlo, el entorno anímico y emocional son tan determinantes como los recursos materiales de los que se dispone.
6. No se debe olvidar que la mayoría de las veces una investigación llega a resultados totalmente opuestos a los originalmente planteados. Pero ello no implica caer en el error de adaptar o forzar teorías o conclusiones para así proteger nuestro trabajo. El principio de no corroboración y contrastación de resultados también genera insumos importantes para el avance científico en materia de teorías y técnicas.
7. En las bibliotecas, cuando sea posible, debe trabajarse directamente en las estanterías. Nada es mejor como ver el libro o la información en directo. En la consulta a las redes y el ciberespacio, hay que recordar que la información se instala por tiempos breves, por lo que conviene almacenarla de manera casi inmediata.
8. Cuando se pretenda desarrollar un tema de frontera, debemos asumir que no se encontrarán automáticamente libros o artículos que ya hablen del asunto o que se adapten al tipo de conclusión que se pretende definir de antemano. Por ello, en todo momento uno debe tratar de dar pistas al alumno o al colega sobre en qué medios o bajo qué acepciones adicionales se puede investigar el problema. Pero si no se obtiene éxito, ¡pues felicidades! Es probable que se acabe de encontrar un tema original para investigación. Pero cabe recordar que una buena respuesta también requiere de que se formulen buenas preguntas de trabajo.
9. Si se me permite la expresión, los temas de investigación son como las carreteras. Debemos aprender que si tomamos los caminos aparentemente “rápidos”, inicialmente nos proporcionan resultados y estos duran cierto tiempo. Pero terminan por saturarse y por no ofrecernos salidas inmediatas, aunque nos puedan seguir llevando adonde queremos llegar. Pero si no nos gusta levantarnos más temprano, ni mucho menos arriesgarnos en tomar caminos laterales para descubrir nuevas posibilidades y rutas, entonces seamos pacientes: el tráfico en horas pico es pesado y el avance lento.

10. Debe hablarse con la verdad y compartir los pensamientos que se tienen respecto a las ventajas y desventajas en torno a los métodos, pero nunca en tono de adoctrinamiento u ortodoxia. Todo profesor está en la obligación moral de mostrar toda la gama posible de recursos a los alumnos, además de poseer una voluntad abierta para discutir todo tipo de conocimiento dentro del proceso de enseñanza-aprendizaje. No descalifiquemos sin conocer, ni tampoco desanimemos a quienes quieran trabajar en una línea distinta de la propia. En todo caso, canalicemos sus inquietudes en el afluyente o colega más cercanos a dicha corriente de pensamiento.
11. Los trabajos y los métodos se disfrutan, no se sufren. Desde luego, no siempre se investiga en los términos que uno quisiera, pero es claro que habrá mejores resultados en la medida en que se adquiera una conciencia crítica que indique a uno que lo que se realiza puede servir para mejorar la situación de muchas personas, y no sólo (de manera legítima) la propia. Por ello, mi reflexión final se centra en el deseo de que vengan tiempos en donde la política se vuelva nuevamente algo aceptable para muchos.

Bibliografía

- Ofrezco al lector una serie de lecturas que seguramente le podrán abrir rutas interesantes en su propio proceso de reflexión como analista de lo político.
- Alker, Hayward R. (1996), "Political Methodology: Old and New", en Richard Goodin, y Hans Dieter Klingemann, (eds.), *A New Handbook of Political Science*, Oxford, Oxford University Press (existe traducción castellana en dos volúmenes, Madrid, Editorial Istmo, 2001).
- Almino, Joao (1986), *La edad del presente. Tiempo, autonomía y representación en la política*, México, FCE.
- Almond, Gabriel y Stephen Genco (1990), "Clouds, Clocks, and the Study of Politics", en *A Discipline Divided. Schools and Sects in Political Science*, Beverly Hills, Sage, (existe trad. cast. México, FCE, 1999).
- Andresvki, Stanislaw (1973), *Las ciencias sociales como forma de brujería*, Madrid, Taurus.
- Anduiza Perea, Eva, Ismael Crespo, y Mónica Méndez Lago (1999), *Metodología de la ciencia política*, Madrid, CIS, Cuadernos Metodológicos, núm. 28.
- Attali, Jacques (1974), *Los modelos políticos*, Barcelona, Nueva Colección Labor, núm. 171.

- Bartolini, Stefano (1991), "Metodología de la Investigación Política", en Gianfranco Pasquino (ed.), *Manual de ciencia política*. Madrid, Alianza Universidad Textos, núm. 125.
- Bourdieu, Pierre (2000), *Los usos sociales de la ciencia*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Bunge, Mario (1999), *Sistemas sociales y filosofía*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- Córdova, Arnaldo (1988), *El método de la ciencia política*, México, UNAM, Cuadernos del Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos, Nueva Época, núm. 1.
- Dahl, Robert A. (1976), *Análisis político moderno*, Barcelona. Fontanella.
- Deutsch, Karl (1976), *Política y gobierno*, México, FCE.
- De la Garza, Enrique, "La epistemología crítica y el concepto de configuración", en *Revista Mexicana de Sociología.*, México, UNAM, vol. 63, núm.1, enero-marzo, 2001, pp.109-127.
- Dogan, Mattei y Robert Pahre (1993), *Las nuevas ciencias sociales. La marginalidad creadora*, México, Grijalbo.
- Douglas, Mary (1996), *La aceptabilidad del riesgo en las ciencias sociales*, Buenos Aires, Paidós.
- Easton, David (1968), *Política moderna. Un estudio sobre la situación de la ciencia política*, México, Editorial Letras.
- Elster, Jon (1990), *Tuercas y tornillos. Una introducción a los conceptos básicos de las ciencias sociales*, Barcelona, Gedisa.
- Emmerich, Gustavo Ernesto (1997), *Metodología de la ciencia política*, México, UAM-Iztapalapa.
- Gellner, Ernest (1962), *Palabras y cosas*, Madrid, Tecnos.
- Gurvitch, Georges (1969), *Los marcos sociales del conocimiento*, Caracas, Monte Ávila.
- Harrison, Lisa (2001), *Political Research. An Introduction*, Londres, Routledge.
- Held, David y Adrian Leftwich (1997), "¿Una disciplina de la política?", en Adrian Leftwich, (comp.): *¿Qué es la Política?*, México, FCE.
- Jackson, John E. (1996), "Political Methodology: An Overview", en Richard Goodin, y Hans Dieter Klingemann (eds.), *A New Handbook of Political Science*. Oxford, Oxford University Press.
- Jerez Mir, Miguel (1999), *Ciencia política. Un balance de fin de siglo*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Johnson, Nevil (1991), *Los límites de la ciencia política*, Madrid, Tecnos.
- Kammler, Jörg (1971), "Objeto y método de la ciencia política", en Wolfgang Abendroth, y Kurt Lenk (eds.), *Introducción a la ciencia política*, Barcelona, Anagrama.

- Manheim, Jarol B. y Richard C. Rich (1999), *Análisis político empírico. Métodos de investigación en ciencia política*, Madrid, Alianza Universidad Textos, núm. 123 (1a. reimp., 1999).
- Mannheim, Karl (1958), *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*, Madrid, Aguilar.
- Meynaud, Jean (1971), *Introducción a la ciencia política*. Madrid, Tecnos.
- Miranda, José (1945), *El método de la ciencia política*, México, El Colegio de México (Col. Jornadas núm. 40).
- Moon, J. Donald (1975), "The Logic of Political Inquiry: A Synthesis of Opposed Perspectives", en Fred Greenstein y Nelson W. Polsby, (eds.), *Handbook of Political Science. V.1: Political Science: Scope and Theory*, Reading, Addison-Wesley.
- Oppenheim, Felix E. (2007), *Conceptos políticos. Una reconstrucción*, Madrid, Tecnos.
- Pizarro, Narciso (1998), *Tratado de metodología de las ciencias sociales*, Madrid, Siglo XXI.
- Prélot, Marcel (1981), *La ciencia política*, Buenos Aires, EUDEBA.
- Popper, Karl R. (1962), *La lógica de la investigación científica*, Madrid, Tecnos.
- Roiz, Javier (1982), *Ciencia política, hoy*, Barcelona, Editorial Teide.
- Sartori, Giovanni (1984), *La política. Lógica y método en las ciencias sociales*, México, FCE.
- Searle, John R. (1997), *La construcción de la realidad social*, Buenos Aires, Paidós.
- Stoker, Gerry (1997), "Introducción", en David Marsh y Gerry Stoker, (eds.), *Teoría y métodos de la ciencia política*, Madrid, Alianza Universidad Textos, núm.165.
- Viet, Jean (1979), *Los métodos estructuralistas en las ciencias sociales*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- Young, Oran R. (1982), *Sistemas de ciencia política*, México, FCE.
- Vallés, Joseph M. (2002), *Ciencia política. Una introducción*, Barcelona, Ariel.
- Van Evera, Stephen (2002), *Guía para estudiantes de ciencia política. Métodos y recursos*. Barcelona, Gedisa.
- Waldo, Dwight (1975), "Political Science: Tradition, Discipline, Profession, Science, Enterprise", en Fred Greenstein y Nelson W. Polsby, (eds.), *Handbook of Political Science. V.1: Political Science: Scope and Theory*, Reading, Addison-Wesley.
- Wallerstein, Immanuel (coord.) (1996), *Abrir las ciencias sociales*, México. Siglo XXI-UNAM.
- Zipper, Ricardo Israel y Ma. Isabel Morales Contreras (1995), *Ciencia política*, Santiago, Universidad de Chile.